

La ordenación territorial: Evolución y crisis de los fundamentos teóricos

Fernando de TERÁN TROYANO

El enfoque de mi intervención en este curso me planteaba unas dudas iniciales que me parece oportuno empezar por exponer. Porque si estaba claro para mí que no podía suscribir ya el código usual, desde el que se ha venido elaborando la fundamentación y la explicación de la ordenación territorial o del planeamiento regional, no estaba muy seguro de si era lo mejor mostrar claramente mi escepticismo y poner de manifiesto toda clase de dudas y de vacilaciones, precisamente ante quienes venían a buscar orientación y claridad. ¿Cómo adoptar una actitud fundamentalmente crítica y escéptica, sin tener una alternativa sólida y coherente que ofrecer?

No podía olvidar que desde ciertos sectores profesionales no se admite la vacilación, pues se toma como prueba de debilidad y de inseguridad. No se acepta la incertidumbre y la duda. Hay que tener siempre a punto la respuesta concreta y exacta. Hay que ofrecer la solidez y la indiscutibilidad de una tecnología segura, apoyada en unos principios teóricos claros y en unas reglas de actuación bien definidas. La ordenación territorial es considerada como una actividad práctica ya soportada sólidamente por todo un basamento científico bien desarrollado y consolidado, y el que cuestiona y problematiza sus fundamentos es un aguafiestas inútil en ese mundo en el que sólo cuenta la acción eficaz.

Pero al mismo tiempo, no ignoraba que desde otros ámbitos profesionales ha surgido otro enfoque muy diferente que, a partir de una apreciación crítica de los planteamientos teóricos de la ordenación territorial y de una negativa consideración de las experiencias realizadas, se pronuncia por el abandono y la renuncia a la empresa, condenando todo intento de abordar el tratamiento de la realidad urbana o territorial desde otras bases que no sean las que proporciona estrictamente el marco reducido y puntual de la arquitectura o la obra pública. Sus manifestaciones más polémicas y beligerantes (que deberían quedar automáticamente relativizadas por su reduccionismo y su parcialidad) se traducen en explícitas y despectivas acusaciones globales de imposibilidad, inutilidad o inconveniencia, contra toda actividad conducente a la elaboración de estrategias de actuación planeada sobre el territorio, a escala un poco amplia. En estas condiciones, presentar una visión destructiva y escéptica de la ordenación territorial ¿no era echar leña a este fuego, que me parece un tanto interesadamente atizado, y contribuir a sembrar la confusión en torno a un tema que, evidentemente necesitado de profunda revisión, no gana nada con tratarlo apasionadamente desde reacciones exageradas e interesadamente asumidas?

La conclusión a que llegué es que era preciso hablar con sinceridad y con ecuanimidad, aunque mi discurso no agradase ni a los de la eficacia por unos motivos, ni a los de la inutilidad, por otros. Porque ese discurso me llevaba desde el escepticismo, inaceptable para los primeros, hasta la convicción de la irrenunciabilidad, abandonada por los segundos. Para unos sonaría efectivamente a aguafiestas. Para otros, a desactualización. No importa, dejemos a unos la reivindicación del pragmatismo eficaz y a otros el elegante desdén.

Las reflexiones que van a continuación se inscriben, en cualquier caso, en

un contexto crítico y revisionista, pero realizado desde dentro. No desde la actitud acusatoria de quien señala errores ajenos (aunque en muchos casos también él haya coincidido antes en los mismos planteamientos y ahora no quiera acordarse) sino desde la interiorización, reconocimiento y examen de los errores propios. Es por ello un contexto autocrítico, de rectificación y de cambio que, salvadas enormes distancias, tiene algo que ver con los espectacularmente asumidos en su día por el Harvey de *Social Justice and the City* o el Friedmann de *Territory and Function*, a quien no le duelen prendas y llega a afirmar que en su etapa anterior había escrito una gran cantidad de cosas sin sentido¹. Se trata pues de una actitud de la que, para evitar equívocos y que pueda entenderse lo que voy a decir, creo debo dejar constancia explícita referida también a mi modesto nivel personal, ya que refleja el cambio de orientación que se ha venido produciendo en mi propia trayectoria. Un cambio que va desde la aceptación acrítica de la existencia de una forma racional de planeamiento, basada en un conocimiento que garantizaba su validez, a la negación de tal racionalidad y validez, en función, por una parte, de la asimilación de las aportaciones de la crítica ideológica e histórica, y por otra, de las constataciones vividas en la propia experiencia personal. Y como a mí tampoco me duelen prendas, me parece bien reconocer públicamente, una vez más, que yo también he escrito cosas sin sentido (aunque ello no haya tenido, espero, demasiada trascendencia).

La «ordenación territorial» ya ha sido definida en la conferencia anterior. Se trata de una respuesta a unos problemas de ocupación y utilización del espacio en relación con el uso y distribución de los recursos disponibles, con la intención de corregir aquellos problemas y de optimizar racionalmente ese uso y esa distribución de recursos.

En esta simple enunciación aparece clara la confluencia de los factores espaciales con los económicos que se da en la ordenación territorial y el carácter pragmático e instrumental de la propia disciplina, que se delinea como una práctica social, para la determinación de estrategias complejas de inserción en la actuación sobre la realidad territorial.

Pero toda práctica suele buscar el amparo de una elaboración teórica. La ordenación territorial la ha buscado como orientación, fundamento y legitimación de sus proposiciones, ya que la resolución de los problemas de utilización del espacio y de los recursos puede hacerse de muchas formas, y era muy deseable poder demostrar que la que se adoptaba era indiscutiblemente la mejor.

En el fondo hay siempre una referencia a una actitud utilitarista: el objetivo es la maximización del bienestar social. Pero esta referencia es insuficiente, pues el problema (aparte de las dificultades de medición de ese bienestar, que impide la comparación de soluciones, como han señalado todos los críticos de Bentham) está en la determinación de los caminos para conseguir esa maximización. En relación con la asignación de recursos, por ejemplo, un criterio de equidad absoluta lleva a una atomización inoperante de acciones, mientras que un criterio más eficaz de concentración selectiva, conduce a la falta de equidad. La tensión entre estos dos extremos, remite el problema al terreno de los juicios de valor y de las actitudes éticas.

Pero históricamente se produjo el intento de eliminar esta incómoda situación por medio de una forma racional de tomar las decisiones que, por descansar sobre una metodología científica, pudiese ser incontestable. El análisis

¹ Sabida es la «conversión» de David HARVEY operada entre la aparición de su monumental *Explanation in Geography* (Arnold, Londres, 1969) y su *Social Justice and the City* (Arnold, Londres, 1973; traducción española: *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, Madrid, 1977). Si el primer libro es un exponente claro del intento de cientificación positivista de la geografía, el segundo es su correspondiente en las nuevas actitudes críticas respecto a la validez de aquella cientificación.

Por su parte John FRIEDMANN ha pasado de ser uno de los paladines de la física social, y de su aplicación tecnológica durante los años sesenta, a defender igualmente posturas críticas respecto a aquellas actitudes que llevan a revisar en esta última obra toda su anterior trayectoria. (Existe versión castellana: *Territorio y función*. Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid, 1981).

sis de los problemas y la aplicación del método científico proporcionarían soluciones indiscutibles. Había que hacer de la ordenación territorial una disciplina científica que pudiese desarrollar sus estrategias al margen de los juicios de valor. Y esa disciplina necesitaba unos fundamentos teóricos.

Pero la construcción de ese cuerpo de fundamentos teóricos se hace en un determinado período histórico y lógicamente está estrechamente vinculada a lo que ocurre en él. Los planteamientos epistemológicos básicos y las orientaciones metodológicas están influidas, son deudoras, de las concepciones generales imperantes. La teoría de la ordenación territorial adopta los modelos conceptuales y las pautas metodológicas más prestigiosas del momento. Por eso, aunque exista un período precientífico de antecedentes, acaba por asumir el modelo de una tecnología de base científica (aplicación de una ciencia) en medio de un clima de confianza plena en las ilimitadas posibilidades de racionalización y científicación y con plena aquiescencia social (conciencia pública generalmente favorable a una imagen científica del planeamiento y a actitudes tecnocráticas del experto con su bagaje de arcanos). Se prefería creer en la posibilidad de establecer un campo disciplinar bien definido, sólidamente apoyado en un conocimiento científico indiscutible, que parecía evolucionar rápidamente hacia una madurez teórica que iba a ser garantía del procedimiento incontestable, neutral, avalorativo.

Pues bien, lo que vamos a intentar ahora es una caracterización esquemática del proceso histórico de construcción de los fundamentos teóricos de la ordenación territorial, sosteniendo que ese proceso está condicionado por la adopción de los modelos explicativo-normativos de, y para, la realidad urbana y territorial elaborados por algunas ciencias sociales, en los cuales se apoya la construcción de una *teoría de la ciudad* y de una *ciencia regional*. Estas se encuentran constituidas por diversas aportaciones de aquellas ciencias y responden, lógicamente, al «modelo de ciencia» por el que aquéllas se regían. En definitiva, la teoría de la ordenación territorial se desarrolla sobre la base del modelo positivista que habían adoptado las ciencias sociales desde finales del siglo pasado, actualizado posteriormente por el contundente respaldo del neopositivismo o positivismo lógico de este siglo. Lo cual supone que dicha teoría acepta implícitamente todos los supuestos epistemológicos que esas ciencias habían asumido, siendo especialmente destacable el supuesto de que la realidad social puede entenderse y tratarse en formas semejantes a las correspondientes al entendimiento y tratamiento de la realidad natural, porque se acepta que ambas se comportan de la misma manera y puede aplicárseles, por lo tanto, de igual modo, el método científico.

Tal equiparación tiene una decisiva importancia para la construcción de los fundamentos teóricos de la ordenación territorial, que se va a desarrollar sobre la base de una argumentación que, reducida a su esquema sería poco más o menos así: a partir de suficiente conocimiento empírico del comportamiento de la realidad natural, la ciencia ha podido llegar a la previsión, el control y la manipulación de aquélla, en forma segura y con resultados positivos. Por lo tanto, si somos capaces de obtener conocimiento suficiente del comportamiento de la realidad social en sus repercusiones sobre el territorio, seremos capaces igualmente de llegar aquí también a la previsión, el control y la manipulación, científicamente elaborados. La respuesta científica así obtenida para los problemas planteados, eliminaría la discrecionalidad y la discutibilidad de las soluciones a aplicar.

Y a partir de ahí se desarrolla la operación de dotar de basamento científico a la ordenación territorial sobre unos fundamentos teóricos elaborados a partir del conocimiento de la realidad social y sus proyecciones sobre el territorio, proporcionado por varias ciencias sociales, que de modo más o menos directo se habían venido ocupando de los fenómenos urbanos y territoriales como expresión del comportamiento espacial de aquella realidad social. Así, efectivamente, a lo largo del proceso de construcción de esos fundamentos teóricos, aparecen claras las referencias a las aportaciones de esas ciencias, bien por adopción directa (reconocida o no), bien como coincidencia en los planteamientos conceptuales y metodológicos. Y pueden identificarse dos áreas de conocimiento especialmente fértiles en su contribución a

ese proceso: la relativa a las formas de comportamiento de la propia sociedad (organización y funcionamiento social) y la referente a la ocupación y transformación del territorio por la sociedad (organización física y localización espacial).

Aunque la ordenación territorial es reciente como disciplina autónoma reconocida, el proceso de construcción de sus fundamentos teóricos hunde sus raíces en unos antecedentes que no pueden olvidarse porque son condicionantes de su evolución posterior. Ello obliga a retroceder en el tiempo y a aludir al momento en que se produce una aportación cuantitativamente importante de nueva reflexión acerca de los problemas de organización social y de localización espacial, causados por la alteración de las pautas tradicionales como consecuencia de la industrialización. Tal referencia me parece necesaria, porque ya aparece entonces una problemática característica que, más elaborada luego, permanecerá esencialmente a lo largo de todo el proceso posterior: la amalgama de reformismo social y cientifismo positivista, está prefigurando la interdependencia, que ya señalábamos anteriormente, entre las exigencias de la componente ética (extender el bienestar) y la aspiración al rigor científico para desarrollarlas y justificar el modo de hacerlo.

El reformismo social parte de la visión crítica de la sociedad, rechazando la organización existente y proponiendo alternativas de reconstrucción sobre nuevas bases. Entronca claramente con el pensamiento igualitario, fraternal y liberador, que era la herencia de la Ilustración, y conduce al primer socialismo. En las manifestaciones que más nos atañen aquí, se trata de planteamientos filosóficos globales, en los que la reforma social va ligada a modelos de organización espacial, como ocurre en las propuestas de Owen, Fourier, Soria, Howard, Le Corbusier, el primitivo *regional planning* anglosajón y en la difusa filosofía básica que alienta bajo tantas justificaciones del planeamiento urbano de intención equilibrada, homogeneizadora, descentralizadora de lo urbano en el territorio por razones de equidad social.

Pero este enfoque filosófico-moral básico, aparece históricamente asociado pronto con la aspiración científicadora. Es la ciencia la que va a conducir a la humanidad al progreso. La reforma social será posible a través de la ciencia. La confianza plena en la capacidad de la ciencia, sustenta la creencia en la posibilidad de una construcción científica de la sociedad nueva, estable y fraterna. La razón podía comprenderlo todo y subordinarlo todo al control humano. Si la ciencia había conseguido tantos triunfos descubriendo y utilizando las leyes que regulan la armonía universal del mundo natural, deberían existir leyes semejantes en el mundo social y cultural. El modelo de la física señalaba la existencia de un orden inmanente en el universo, del que dan cuenta las regularidades y relaciones constantes entre fenómenos. Y este modelo se transfiere al mundo social. Se procede así a una homologación entre mundo natural y mundo social que va a ser característica de todo el proceso posterior.

El primer intento explícito de adherirse a este modelo científico aplicándolo a la comprensión y tratamiento de la realidad urbana y territorial, lo proporciona Cerdá, que confesaba su ambición de elaborar «una ciencia general de la urbanización». Pero este singular y temprano empeño queda un tanto desconectado del proceso posterior, quizá por su escasa difusión. Más allá de caso tan especial, de forma menos explícita, ambiciosa y sistemática, la aspiración científicadora es el trasfondo común a múltiples esfuerzos teóricos posteriores, que van configurando la teoría del planeamiento y forman parte de los antecedentes históricos de la ordenación territorial. Pero a diferencia de lo que intentaba Cerdá, que se planteaba su tarea desde una clara autonomía disciplinar, la mayor parte de estos otros esfuerzos van a acusar claramente su deuda con los planteamientos realizados por aquellas ciencias sociales que se habían acercado al conocimiento e interpretación de los fenómenos urbanos y territoriales.

Por una parte será la sociología la que facilite un basamento epistemológico, más o menos inconfesadamente, con sus sucesivas formas de entender y

explicar la realidad social, de las cuales se hará uso para el entendimiento y la explicación de las relaciones de esa realidad con su organización en el espacio. Por otra la geografía irá proporcionando pautas precisamente para la comprensión del espacio y la organización de la actividad humana dentro de él, secundada por la llamada ecología social y la economía. De ésta nacerá el análisis económico espacial que, con todas sus elaboradas aportaciones (teorías de la localización, teorías del crecimiento, teorías de la organización espacial, de la interacción, de la difusión), será el que preste el apoyo decisivo para la fundamentación teórica de la ordenación territorial en el momento en que entre en juego como factor político decisivo, la evaluación de los recursos y la búsqueda de estrategias óptimas para su utilización. La teoría económica se convierte así en la mayor proveedora de soportes conceptuales de la ordenación territorial en su fase de madurez. Los economistas, que consideran su ciencia como «la reina de las ciencias sociales», adquieren conciencia de su papel preponderante en la materia, en medio de la respetuosa aceptación general, llegando a producir esa pretendida «ciencia regional», apoyada en un espectacular despliegue de métodos analíticos que impregnan y caracterizan especialmente la década de los sesenta. Se acepta universalmente que la ordenación territorial tiene su sustento científico en la economía y que todo planificador debe estar armado de «ciencia regional».

Pero más que hacer ahora una enumeración de las aportaciones realizadas por cada una de las ciencias sociales al proceso de construcción de los fundamentos teóricos de la ordenación territorial, interesa poner de manifiesto la base común sobre la que todas estas ciencias se iban construyendo a su vez, ya que esa base pasa a ser el sustento epistemológico de la ordenación territorial.

Ya hemos dicho antes que, al adoptar el método científico, se adoptaba también una cierta forma de entender la realidad y una cierta forma de acercarse a su conocimiento. Ahora podemos añadir que la explicación científica, que se construye formulando leyes y teorías a partir de la identificación de regularidades fenomenológicas, puede adoptar varias formas. Entre ellas, la *explicación funcional* ha sido crecientemente utilizada por las ciencias sociales en formas diversas, que van desde el primitivo y elemental organicismo hasta la más reciente y elaborada teoría de sistemas. En todas ellas, los fenómenos son explicados por la manifestación de la función específica que se desempeñan en un sistema global. La explicación implica que cada fenómeno es una parte componente de un sistema y que la mejor forma de explicar su existencia es a través de la función que cumple dentro de ese sistema. Por lo tanto es fundamental, en este modo de explicación, el entramado de relaciones que se establecen entre los fenómenos, así como el conjunto de principios que pueden dar cuenta de la organización de tales relaciones e interdependencias entre las partes de un todo. Por eso puede decirse que el funcionalismo es holístico, globalizador. Su utilización en ciencias sociales parte de la afirmación de que todos los aspectos de un sistema social están interconectados y, así, cualquier elemento del sistema, sólo es explicable en referencia a los demás y al papel que juega con ellos.

Históricamente, el funcionalismo aparece ya en el siglo pasado como una aplicación a la sociedad de concepciones tomadas de la biología, a través de la famosa *analogía orgánica*, según la cual puede explicarse el funcionamiento del «cuerpo social» por referencia al de un organismo viviente, que se mantiene en equilibrio gracias a la interacción entre sus partes y a los papeles desempeñados por cada una. En la larga tradición organicista aplicada al mundo de los hechos urbanos, se superpone históricamente y se interpenetra ese funcionalismo biológico con el funcionalismo arquitectónico surgido, al parecer independientemente, de la búsqueda de una metodología científica de la composición y del proyecto, derivada de un análisis basado en la descomposición funcional y en la identificación de papeles a desempeñar por las partes del edificio. Su transposición a la escala urbana y territorial tendrá ya en los años cuarenta su documento testigo en la Carta de Atenas, en la que, sin embargo, aparece bien patente la otra herencia organicista (la

ciudad como «creación biológica que comprenda órganos claramente definidos, capaces de llenar a la perfección sus funciones esenciales»².

Pero la elaboración y refinamiento de los conceptos de función, estructura y sistema, va a ser una componente dominante del amplio proceso cultural que se extiende durante todo lo que va de siglo a todas las ciencias sociales y alcanza sus cimas en la década de los sesenta. Ello proporciona nuevas aproximaciones explicativas de la realidad social, dentro de ese tratamiento «naturalizador» que ya señalábamos como característico del planteamiento epistemológico adoptado. A lo largo del proceso pueden identificarse diversos momentos, en los cuales hay corrientes interdisciplinarias de pensamiento con características propias. Aplicada al estudio de la sociedad, la investigación de funciones, estructuras y sistemas subyacentes en la organización de los fenómenos humanos, se identifica con la búsqueda de «leyes naturales» invariantes en tiempo y espacio que expliquen permanencias y recurrencias. Todo ello tiene claras repercusiones funcionalistas, estructuralistas y sistémicas en la explicación y propuesta de tratamiento de los fenómenos urbanos y territoriales, sobre las que se desarrolla la teoría del planeamiento durante la primera mitad del siglo y, especialmente, en las dos primeras décadas de la segunda.

Históricamente se puede situar, en efecto, a mediados de los años cincuenta, el descubrimiento de la importancia de las relaciones existentes entre la situación espacial y la intensidad de los diversos usos del suelo por una parte, y los volúmenes de tráfico generados. Así empezó a desarrollarse una nueva visión del concepto de *estructura urbana*, sobre la base de esta intensa interrelación de todo con todo que el análisis del transporte ponía tan claramente de manifiesto³.

Y fue con apoyo en el concepto de estructura, como se abrió camino la modelística suscitando las más exaltadas esperanzas en cuanto a sus posibilidades de traducirse en procedimientos operativos absolutamente concluyentes, gracias al sustento que les proporcionarían las pronto alcanzables «rotundas formulaciones teóricas»⁴ que iban a ser capaces de descubrir regularidades estructurales empíricamente comprobables del fenómeno urbano general, por encima de las particularidades de los casos concretos.

La última de aquellas corrientes la proporcionó la utilización de la *teoría de sistemas*. Era un principio general de explicación aplicable en todas las ciencias y a todos los campos complejos de la realidad, la cual aparecía entendida como formada por conjuntos holísticos compuestos de elementos interactuantes a través de relaciones dinámicas cuantificables. La concepción sistémica de la realidad urbana y territorial, así como la visión sistémica del planeamiento, fue una audaz aplicación de éxito fulgurante, especialmente divulgada por autores británicos. La ciudad o la región están formadas por conjuntos de subsistemas del sistema ecológico superior. Con suficiente información, es posible conocer el sistema y determinar su funcionamiento natural, prever su evolución e introducir voluntariamente acciones sobre él para cambiar aspectos de esa evolución⁵.

Así puede verse, aunque aquí sólo quede aludida, la gran importancia del papel que juega la explicación funcional elaborada por las ciencias sociales, en

² *La Carta de Atenas*. Ed. Contemporánea. Buenos Aires, 1957. Original: *La Charte d'Athènes*. París, 1943.

³ Algunas de las más elaboradas formulaciones del concepto de estructura urbana aparecieron en *Explorations into Urban Structure* a cargo de Melvin M. WEBBER y Donald L. FOLEY, entre otros. (University of Pennsylvania Press. Filadelfia, 1964. Traducción española: *Indagaciones sobre la estructura urbana*. Gustavo Gili. Barcelona, 1970).

⁴ M. M. WEBBER. Editorial del núm. de mayo de 1959 del *Journal of the American Institute of Planners*.

⁵ Las obras más conocidas y más representativas de esta utilización de la teoría de sistemas son: G. F. CHADWICK: *A Systems View of Planning*. Pergamon Press. Oxford (Traducción española: *Una visión sistémica del planeamiento*. G. Gili. Barcelona, 1973) y J. BRIAN McLOUGHLIN: *Urban and Regional Planning. A Systems Approach*. Faber and Faber. Londres, 1969 (Traducción española: *Planificación urbana y regional. Un enfoque de sistemas*. Instituto de Estudios de Administración local. Madrid, 1971).

su repercusión en la construcción de sucesivas fases de la teoría del planeamiento, con base en concepciones generales de la organización y el comportamiento de la sociedad venidas desde el campo de la sociología. Otras elaboraciones de otras ciencias humanas se centran más directamente en la búsqueda de explicaciones sobre las formas de traducirse esa organización en disposiciones espaciales. Serán, entre ellas, los aspectos de localización los que susciten la mayor atención.

En esa línea, las aportaciones de la ecología social están directamente relacionadas con el funcionalismo inicial. Se trata de otra visión biológica de lo social. La sociedad está regulada por fuerzas naturales que condicionan su organización espacial. Los grupos sociales compiten por el espacio como las especies vegetales, produciéndose entre ellos los procesos de invasión, sucesión, segregación, etc., que se manifiestan en localizaciones precisas y separadas. El equilibrio se alcanza por una «simbiosis» que permite la convivencia de las distintas especies en sus respectivas zonas. El espacio urbano se diferencia en función de las características de esas especies y da lugar a modelos de distribución espacial, resultantes de la «zonificación natural»⁶.

Por otra parte hay que recordar los esfuerzos para encontrar las razones explicativas de la *localización espacial* de las actividades, elaboradas con fundamentos económicos. La línea iniciada en Alemania sobre la distribución de los asentamientos humanos en el territorio⁷ y la investigación sobre la formación de los precios del suelo, estarán en la base de toda una serie de elaboraciones posteriores sobre formas de crecimiento urbano y relaciones entre actividades, que alcanzan sus manifestaciones más refinadas en los trabajos de Berry, Wingo, Alonso, Lowry y el propio Friedmann, durante la década de los sesenta⁸.

Es todo ese rico conjunto de investigaciones, el que proporcionará una amplia base teórica para el análisis de las «estructuras» urbanas y territoriales, entendidas como formas de organización de validez constante y universal. Los fenómenos de concentración de actividades, la distribución de los núcleos urbanos en el territorio, la localización física de las actividades, los flujos e intercambios que se producen entre unas y otras áreas, manifestándose especialmente a través del transporte... van siendo objeto de penetrantes estudios que sientan las bases de la llamada *ciencia regional*, que va a ser el soporte directo de la ordenación territorial en el momento en que ésta aparezca como una nueva disciplina para dar respuesta a las demandas generadas por la preocupación política hacia los problemas del desarrollo económico.

La historia detallada de la construcción teórica de la ciencia regional como base de la ordenación territorial ha sido realizada por Friedmann en su ya citado libro *Territorio y función*. Pasa por lo que significativamente llama *física social* (conjunto de estudios de los años cuarenta y cincuenta en los que se buscaban «regularidades empíricas significativas, tendencias o leyes que permanecieran invariables») y continúa con la síntesis de Isard, que integró muchas de esas investigaciones previas en lo que él mismo denominó *economía espacial*⁹. Luego tuvo lugar propiamente todo el proceso de construcción de esa ciencia regional, con estudios específicos sobre las formas de difusión del crecimiento económico y con la aparición de la *teoría de los centros de crecimiento*, formulada inicialmente en Francia por Perroux, que tanto juego habría de dar, tanto teórica como prácticamente, al ser utilizada para la justificación de la doctrina del crecimiento desigual y de la práctica

⁶ *The City*, de Robert E. PARK y Ernest W. BURGESS, publicado por primera vez en 1925 (Universidad de Chicago), inaugura esta conocida línea de investigaciones de la llamada Escuela de Chicago.

⁷ J. H. von TÜHNEN: *Die isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie* (1875), (traducción inglesa de Peter HALL en 1966); W. CHRISTALLER: *Die Zentralen Orte in Süddeutschland* (1933), (traducción inglesa en Prentice Hall, 1966); A. LÖSCH: *Die räumliche Ordnung der Wirtschaft* (1944), (traducción al castellano en Amorrotu, Buenos Aires, 1957).

⁸ De la copiosa bibliografía, puede destacarse, por ejemplo: FRIEDMANN y ALONSO: *Regional Development and Planning. A reader*. The MIT Press. Cambridge. Mass, 1964.

⁹ Walter ISARD: *Location and Space Economy*. Technology Press of MIT, y John Wiley and Sohns. Nueva York, 1956.

de políticas reales de ordenación territorial sobre el modelo del *desarrollo polarizado*¹⁰.

Y es así, en definitiva, como quedan sentadas las bases para que pueda pasarse a la elaboración de síntesis y a la presentación de un cuerpo teórico coherente y unitario, como el que muestran varias publicaciones de los años setenta. El núcleo fundamental aparece centrado en las cuestiones relativas a las relaciones entre sociedad y espacio, así como en aquellas entre actividad económica y espacio. A ellas contesta la teoría con las elaboradas formulaciones de la ciencia regional, para explicar las formas características invariantes de la organización espacial, y con la teoría del desarrollo polarizado, para orientar las acciones de intervención. Y todo ello apoyado sobre la suposición de la existencia de aquellas regularidades constantes en el comportamiento de un hombre tipo universal que se supone que actúa de forma plenamente racional, de acuerdo con unas normas y unas preferencias que regulan constante y uniformemente su comportamiento.

En sus formulaciones más agresivas, la doctrina de la ordenación territorial emanada de aquel cuerpo teórico llegará a plantear la más cruda filosofía discriminatoria. Se llegará a decir, como señala Friedmann, que «combatir el atraso económico regional es una práctica ineficaz llevada a cabo en nombre de la equidad» y que no es una actitud que tenga fundamento científico sino ético. Se añadirá que «en tanto pudieran mantenerse tasas elevadas de crecimiento económico, podría ignorarse el problema del atraso regional». Actitudes más templadas hablan del «goteo» y del «efecto difusión» inducidos desde los centros de crecimiento¹¹.

Estas actitudes, amparadas en una teoría pretendidamente científica, son, como puede verse, un punto de llegada opuesto al de partida, si se recuerda el interés equilibrador del reformismo inicial. Ante ello no pueden dejar de plantearse las cuestiones que, en gran medida, están manifestando la gravedad de la crisis actual de los fundamentos teóricos de la orientación territorial. ¿Hay realmente una ciencia que avale esos planteamientos?, ¿queda científicamente garantizado el acierto de los mismos?, ¿qué clase de ciencia es ésta?, ¿existe acuerdo entre los propios cultivadores de la disciplina? Tomando, ante la construcción del conocimiento científico, la actitud resultante de los análisis críticos propios de las revisiones historicistas realizadas por la filosofía de la ciencia, y aceptando la idea de conocimiento como consenso de los científicos para adoptar lo que, siguiendo a Kuhn¹², se ha dado en llamar «paradigma», ¿puede seguirse manteniendo la indiscutibilidad del *paradigma funcional* o del *paradigma sistémico* de la ordenación territorial? ¿Debe seguirse aceptando la pretendida garantía de la ciencia regional como soporte teórico incuestionable de las orientaciones prácticas de la ordenación territorial? ¿Hasta qué punto son indiscutibles aquellos tan elaborados fundamentos económicos, que sin explicitarlo, descansan sobre una concepción del hombre y de la sociedad coincidentes con los de aquellos paradigmas?

Una simple ojeada al panorama actual de actitudes en relación con estas preguntas, pone de manifiesto, en primer lugar, la diversidad y discrepancia entre dichas actitudes y, en segundo grado, la existencia de contestaciones negativas a tales preguntas.

Claro que, para no caer en una simplificación excesiva, sería necesario aludir previamente al hecho de que siempre hubo *discrepancias*, aunque el avasallador empuje y la generalizada aceptación de los fundamentos teóricos a que nos estamos refiriendo, las redujeron a poco más que actitudes testimoniales, declaraciones programáticas y fidelidades ideológicas frecuentemente claudicantes.

¹⁰ F. PERROUX: *Economic Space: Theory and application*. Quarterly Journal of Economic, 64, 89-100, 1964.

¹¹ J. FRIEDMANN: *Territorio y función*. Op., cit.

¹² THOMAS S. KUHN: *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México, 1975. (Original, 1962.)

Especialmente reveladora, al respecto, resulta la actitud oficial de los países socialistas, en los cuales se daban teóricamente las mejores condiciones para el desarrollo de políticas de ordenación territorial de signo contrario, es decir, mantenedoras de la fidelidad a los principios homogeneizadores y equilibradores, ya que, por una parte, ello era más acorde con la doctrina marxista y, por otra parte, existían las armas políticas necesarias para su consecución.

Pero la historia demuestra que la cosa no era tan sencilla. Siguiendo las tesis marxistas sobre la explotación del campo por la ciudad, Lenin había planteado en los primeros momentos del triunfo de la Revolución Soviética una estrategia de descentralización industrial, apoyada en la exaltación de la electrificación como forma de llevar la energía a cualquier rincón del territorio.

Sin embargo, la *desurbanización* no era una tarea fácil ni compatible con la eficiencia productiva a corto plazo. Las exigencias derivadas de la primacía otorgada a la productividad por los Planes Quinquenales, conducirán rápidamente a la adopción de opciones a favor de la concentración. A Lenin le dio tiempo a reconocer la importancia de los problemas prácticos de la dispersión de la industria y la población y llegó a pedir «la reunión y concentración racional de la producción en un número pequeño de grandes fábricas». Y algo más tarde Stalin zanjará definitivamente la cuestión pronunciándose por razones económicas en contra de quienes habían propuesto tesis «desurbanistas». Así es como la gran experiencia soviética de planificación económica, basada en la industrialización pesada, la colectivización y la creación de una «geografía voluntaria», se realizó asumiendo también el modelo polarizado.

También podría hacerse aquí una alusión a las experiencias singulares de Cuba y de la China Popular, como casos más claros de discrepancia y mantenimiento más decidido de las tesis equilibradoras, si bien ninguna de las dos experiencias es concluyente como modelo a contraponer al polarizado, dadas las peculiaridades que sostienen a la experiencia cubana y el abandono en que ha entrado la China.

En cualquier caso, sean o no importantes las discrepancias en cuanto a su repercusión real, lo que interesaba destacar era fundamentalmente la presencia de las mismas, es decir la ausencia de un consenso pleno alrededor de un «paradigma». Pero ahora lo que muestra una mirada al panorama universal no son ya discrepancias minoritarias, sino una generalización de la discrepancia y una clara ruptura de tal «paradigma». Ello permite hablar de crisis manifiesta de todo el cuerpo teórico de la ordenación territorial y de la pérdida de credibilidad del mismo.

Veamos cómo se ha producido esta *crisis* y cómo se plantea conceptualmente. Existen dos niveles de la cuestión que pueden considerarse independientemente, aunque sea su simultaneidad y la conjunción de ambos lo que explique la profundidad de la crisis.

En primer lugar se ha producido una confrontación de los resultados obtenidos a través de las experiencias reales, con las promesas de la teoría. Así, se ha podido señalar que, en términos generales, el crecimiento desigual, el desarrollo polarizado, ha agravado los desequilibrios anteriores o, cuando menos, ha potenciado el desarrollo de las áreas previamente más desarrolladas, sin proveer las suficientes compensaciones para las menos favorecidas, a través del famoso «goteo» o de los efectos de difusión. Y este tema, que aparece especialmente referido a los diferentes ámbitos nacionales, tiene también una proyección universal, al considerar las estrategias de las grandes potencias a nivel planetario.

Por otra parte, se pueden señalar también unos efectos claramente negativos sobre los propios «centros» dinamizadores, ya que su desarrollo se ha hecho tanto en base a la concentración de las inversiones como a la importación de fuerza de trabajo, para la cual se ha preparado acogida en plazos excesivamente breves y tratando de reducir los costes al mínimo. Ello se traduce en

insuficiencias cuantitativas y cualitativas, en deterioros ambientales y funcionales graves y en lo que podríamos definir como una importación de pobreza que, aunque disimulada, no acabó de ser digerida y asimilada ni siquiera en los momentos de mayor dinamismo económico, y que ahora se manifiesta con toda su crudeza.

En segundo lugar se puede señalar el reciente despliegue de toda una nueva elaboración teórica, explicativa de los fenómenos socio-económicos y de sus repercusiones en la organización del espacio, cuyo basamento epistemológico es claramente contradictorio y revisionista respecto al que ha venido sustentando las bases teóricas de la ordenación territorial.

Esta nueva elaboración teórica que, como luego veremos, enlaza directamente con la quiebra general de la explicación funcional en las ciencias sociales, se manifiesta en primer lugar como una puesta en cuestión de la existencia real de las pretendidas formas «naturales» de organización social y sus repercusiones sobre el espacio. Estas aparecían como descubrimientos apetitosamente clarificadores, pero ahora se ven como abusivas simplificaciones, apriorísticamente condicionadas, que entrañaban reducciones y falseamientos que no se pueden minimizar en importancia.

En realidad, como acabamos de decir, el problema se inscribe en el proceso de revisión a que actualmente está sometida toda la epistemología de las ciencias sociales, el cual, a su vez, forma parte del contexto revisionista que está planteado en el panorama general de la teoría del conocimiento y de la filosofía de la ciencia, que va mucho más allá del simple desencanto que se haya podido producir después de varias décadas de indiscutida seguridad. Por lo tanto, no se cuestiona sólo la posibilidad de adaptar el conocimiento y tratamiento de la realidad social al modelo de las ciencias naturales, dada la diferente naturaleza, en gran medida no cuantificable, de los fenómenos que se dan en aquélla. Son las bases mismas de la objetividad de la ciencia y la posibilidad de un conocimiento científico incontestable, lo que se plantea como dudoso, dando paso a nuevas actitudes en cuya base ya no está la aspiración a un saber positivo, objetivo, neutral, capaz de proporcionar un conocimiento intrínsecamente válido, universal e intemporal, porque lo que se cuestiona es la posibilidad de tal conocimiento. Por el contrario, aparece una preocupación creciente por los inevitables condicionamientos irracionales del conocimiento, que influyen en su obtención, y por la validez social de la propia actividad científica, en relación con los problemas humanos planteados, y sobre el papel de la ideología en relación con la ciencia. El interés hacia los temas de la justicia social y la desigualdad económica y la incapacidad de la ciencia para resolverlos, se ha agudizado por efecto de la crítica ecológica y la alarma ante el deterioro insalvable y la agotabilidad de ciertos bienes y recursos naturales. Se produce así una situación de recapitación y repliegue, de las que son ejemplo actitudes como las que recordábamos al principio. Porque es el momento de las rectificaciones y de las conversiones. Convictos y confesos transfugas del objetivismo científico como base garantizadora de la objetividad de la acción, dirigen sus miradas hacia nuevas metas, inicialmente apuntadas sólo por voces proféticas y marginales, produciendo una acción revulsiva en los ambientes académicos y profesionales.

Es, pues, dentro de este amplio contexto cultural como hay que contemplar la crisis de los modelos explicativo-normativos elaborados hasta ahora por las ciencias sociales y la aparición de nuevas formas de aproximación al conocimiento de la realidad social. Dicho más concretamente, se trata de ver la quiebra del estructural-funcionalismo y de todas las explicaciones paralelas, incluido el famoso «paradigma sistémico», y la ruptura de su indiscutida hegemonía, para pasar a una situación en la cual es inevitable un pluralismo de interpretaciones, entre las que han jugado un papel decisivo las derivadas de una recuperación de la noción de conflicto en la derogación de aquellos modelos anteriores.

La visión de la sociedad basada en la analogía orgánica y en las presuposiciones funcionalistas, estructuralistas y sistémicas, que implican una natural cooperación entre las partes para garantizar la estabilidad, estaba acompañada

de un alto grado de determinismo, que a su vez suponía alto grado de consenso en las aspiraciones y valoraciones, y escaso margen para la creatividad y disconformidad individual o de grupo. Frente a todo esto, puede hacerse otro enfoque, poniendo el énfasis en la visión de la sociedad como campo abierto a toda clase de conflictos entre grupos heterogéneos, con valores y aspiraciones diferentes, enfrentados en la competencia por el disfrute de recursos y poder. Así, frente al modelo funcional-estructural-sistémico de sociedad (equilibrada e integrada, sin conflictos de intereses ni creencias, porque la cooperación y el consenso garantizan la estabilidad como en los cuerpos y en los sistemas naturales) aparece la noción de conflicto para poner el mayor interés en los problemas del cambio, la disconformidad y el desequilibrio como explicaciones básicas de la dinámica social.

Frente a la obligatoriedad y determinismo de los fenómenos físicos, se exalta la necesidad de contar con la aleatoriedad y la contingencia de los fenómenos sociales. Y en medio de la amplia polémica sobre determinismo, probabilismo e indeterminismo en la acción humana, crece la oposición a la visión del hombre como simple «seguidor de reglas» o «leyes naturales», y a su consideración como dato estadístico sometido al rigor de las leyes de los grandes números. Es decir, la oposición a la visión abstracta del hombre de la teoría de la localización, por ejemplo, que acompaña a esa racionalidad científica, que ha conducido a la glorificación de la racionalidad tecnológica, que a su vez está en la base de todas las manipulaciones tecnocráticas, ya que, como señaló Marcuse, la racionalidad técnica se ha convertido en racionalidad política.

Desde estas nuevas posiciones, la explicación funcional-estructural-sistémica no aparece justificable, al menos como concepción y metodología unívocas, aplicadas a la realidad social, aunque puedan ser válidas aplicadas al estudio y tratamiento de instituciones y organizaciones o «sistemas» más claramente definidos de lo que lo está la realidad social que se desarrolla en un marco urbano o territorial. Dentro de este contexto, las críticas menos severas se conforman con marcar el insuficiente conocimiento existente acerca del comportamiento humano, como para asegurar que dicho comportamiento pueda ser adecuadamente explicado por el modelo funcionalista-estructuralista-sistémico. La enorme variedad de decisiones personales, sus motivaciones inconscientes y el número enorme de sus interacciones en el sistema social parece poco susceptible de explicación causal a través del análisis de los procesos sin tener en cuenta las motivaciones. Otras críticas más duras ponen de manifiesto, además, los aspectos ideológicos implicados, que han hecho del modelo funcionalista-estructuralista-sistémico un instrumento de análisis todo lo contrario de objetivo y neutral, como se pretendía a sí mismo. Así se denuncia el carácter inherentemente conservador, mantenedor del *status quo* y de los equilibrios existentes y, por lo tanto, su utilización como coartada al servicio de ideologías inmovilistas.

Por lo que respecta a la posible configuración de una alternativa basada en esa recuperación de la noción del *conflicto*, puede señalarse que, en principio, una indagación crítica desde esa perspectiva, sobre las formas de organización social en su relación con la producción del espacio urbano, tuvo sus formulaciones iniciales en la obra de Lefebvre y su principal desarrollo, como es sabido, en el trabajo de un grupo de sociólogos urbanos coincidentes en París en los últimos años sesenta: Castells, Lojkin, Lipietz, Preteceille, Godard, Topalov. Desde los primeros años setenta, este grupo fue desarrollando trabajos teóricos y empíricos para analizar los mecanismos que explican la forma de desarrollo capitalista de la ciudad, es decir, los procesos de urbanización que surgen en el marco del modo de producción capitalista, partiendo de la base de que las formaciones espaciales no pueden entenderse si se aíslan de los sistemas económicos y sociales dentro de los que han tenido lugar. Estos trabajos se revelaron pronto como extraordinariamente sugestivos y en poco tiempo se extendieron sus planteamientos básicos generalizándose como nueva forma fértil de aproximación al entendimiento de la realidad urbana, con base precisamente en una visión conflictiva y no consensual de la sociedad, que se ofrecía como clara antítesis crítica de las

bases teóricas de interpretación de la misma, utilizadas hasta entonces por las ciencias sociales, y por lo tanto, como una alternativa para reemplazar al estructural-funcionalismo, denunciando al mismo tiempo el carácter ideológicamente conservador del mismo y la forma en que ha servido para encubrir, bajo una supuesta garantía de cientificidad, toda una defensa del mantenimiento del *status quo* de la sociedad capitalista.

Pero debe señalarse que, al poner en cuestión las bases teóricas tradicionales con su presuposición de «orden natural» en la sociedad, no se cuestiona, sin embargo, la posibilidad de un conocimiento científico de la realidad por este nuevo camino. Un nuevo camino que se ha convertido para muchos en una nueva ortodoxia dogmática y exclusivista, que se autoproclama única vía de acceso a un conocimiento válido de la formación del espacio urbano, a la que se aferraron apresuradamente muchos de los que no podían soportar la situación de incertidumbre y de indeterminación que había sucedido a la quiebra de los paradigmas científicos anteriores ni la mala conciencia ante las acusaciones de colaboracionismo con el *status quo*.

Lo que hay que añadir es que, si bien esta investigación ha sido especialmente lúcida en el desemascaramiento y derogación de los modelos explicativos anteriores no ha proporcionado claras orientaciones para la construcción de un nuevo modelo normativo, aunque ha dado paso a una nueva forma de plantear la actuación como una beligerante defensa de intereses de clase, trasladando el énfasis a la lucha política.

Pero a pesar de la generalizada y clamorosa aceptación de estas actitudes en los años setenta, estamos asistiendo ahora a la debilitación de aquél fervor, con lo que se manifiesta más claramente el hecho de que la situación general actual, como ya habíamos anticipado, es de pluralismo y de indeterminación sin que ninguna nueva clase explicativo-normativa, pueda alzarse incuestionablemente con una exclusiva que desautorice definitivamente a otras. La adhesión a cualquiera de ellas no tiene más respaldo que el de las actitudes personales de las que se parte. Pero esta situación es también el resultado lógico de esa revisión historicista de la ciencia, a la que ya hemos aludido, cuyas relativizaciones de la validez del conocimiento científico conducen inevitablemente a unas actitudes difícilmente compatibles con ingenuos entusiasmos movilizadores de militancias exclusivistas mantenidas por actos de fe.

La conclusión de todo ello, referida a la fundamentación teórica de la ordenación territorial es que ésta no puede ya volver a ser entendida como una práctica social cuyo basamento científico le garantiza siempre el acierto y la indiscutibilidad de sus actuaciones. Ni puede volver a ser presentada como una actividad técnica apoyada sólidamente en un conocimiento científico. Porque no hay conocimiento científico, ni metodología operativa derivada de él, capaces de dar solución indiscutible a los problemas con los que tiene que enfrentarse. Ni siquiera para determinar los objetivos de las acciones. Las cuestiones están siempre abiertas. No hay cuerpo teórico disponible para dar una orientación unitaria a las contestaciones. El que había ha sido destruido después de constatar su invalidez, y no ha sido reemplazado.

Ya anticipé al principio de esta intervención, el carácter de su conclusión. Pero no quiero cerrarla sin hacer una alusión a algunas de las reacciones que esta situación provoca y a algunos de los intentos que se realizan para buscar salidas a la misma. Estos son los que configuran ese panorama de *pluralidad* y de *incertidumbre* que acabamos de señalar, sin orientación hegemónica posible, por más que los partidarios de algunas de las actitudes existentes las presenten como excluyentes de las demás, recurriendo para ello, más que a convincentes razonamientos, a alegatos pasionales.

Una primera actitud que hay que reseñar, puesto que forma parte del panorama y está mucho más extendida de lo que pudiera pensarse, es la de aquellos que, o no se han enterado de la crisis, o han decidido no tenerla en cuenta. Es la que corresponde a mentalidades forjadas en una mitificación de la ciencia y de la técnica, a cuyo esquema protector no pueden renunciar. Para ellos el problema está producido simplemente por un desarrollo insuficiente del conocimiento científico, por una falta de información, por un es-

caso perfeccionamiento del instrumental aplicado al análisis, por una deficiencia metodológica. Bastaría corregir esta situación, en cuyo sentido debe seguirse trabajando, aumentar la información y aplicar correctamente el método científico, para ir mejorando progresivamente el nivel de aproximación a las explicaciones correctas de la realidad y encontrando los métodos más adecuados para su tratamiento óptimo. Puede decirse, pues, que esta actitud representa la pervivencia del cientifismo positivista, y está alimentada por los mantenedores de los «paradigmas» funcionalistas, estructuralistas o sistémicos, en versiones más o menos evolucionadas y matizadas.

Una segunda actitud, a la que nos referimos muy al principio, en vez de negar el problema lo elude. La ordenación territorial, el urbanismo, toda planificación de ámbito e intención superior a la configuración de elementos materiales reducidos, se declara imposible, inútil o improcedente. La actuación debe replegarse a la escala de esos elementos, a la obra arquitectónico-ambiental o a la obra pública bien hecha, bien inserta en el contexto físico preexistente, y bien planteada para la contribución a la mejora del ambiente o de la eficiencia. Con eso basta. No hay lugar para la ordenación territorial ni necesidad de su fundamentación teórica. Pero con ello se enlaza con una actitud antiteórica radical que puede ser individualizada como un tercer caso. Es la exaltación de un pragmatismo que ofrece respuestas coyunturales en cada momento concreto. Aquí sólo cuenta la práctica como base de conocimiento y de actuación, porque se acepta que nunca habrá información suficiente para enfrentarse racionalmente con una situación hasta que ésta llega. No hay posibilidades de una fundamentación científica de la actuación. Es la actitud que puede identificarse más con la propia del político. De hecho, es la forma de proceder, en la mayoría de los casos, por parte de la Administración, en el enfoque de las acciones que sumadas van dando por resultado una cierta ordenación territorial.

Finalmente habría un cuarto apartado, de contenido muy amplio y heterogéneo, caracterizado por no renunciar a la teoría. En él podrían incluirse todos los esfuerzos que se realizan en diversas direcciones con la intención de llenar el vacío teórico dejado por la quiebra de los anteriores modelos científicos. Se trata de un conjunto variado y dispar de búsquedas frecuentemente contradictorias, que implican profundizaciones epistemológicas. Unas, en la continuidad de una aspiración cientifista renovada. Otras, en el arriesgado salto epistemológico a una ruptura con la científicidad tradicional.

Aquí tendríamos que incluir, en primer lugar, la ya mencionada elaboración de carácter neomarxista para construir una alternativa sobre la noción de conflicto. Se trata, como vimos, de un esfuerzo explícitamente cientifista y en gran parte deudor del estructuralismo, a través de la puesta a punto del estructuralismo marxista realizada por Althusser. La aplicación de los nuevos modelos interpretativos así surgidos, representa efectivamente una nueva vía fecunda de investigación teórica que permanece abierta, ya que su presurosa y exitosa generalización la ha privado de la necesaria profundización. Como señala Castells, en su actual actitud autocrítica, «a causa de la necesidad inmediata de una nueva teoría, fue aplicada demasiado mecánicamente, adaptando conceptos generales de la teoría marxista a los procesos observados, sin identificar los nuevos aspectos planteados por los problemas urbanos que necesitaban nuevos conceptos e interpretaciones, de acuerdo con el contexto histórico (...). La codificación teórica ha sido demasiado rápida, demasiado formal, la realidad analizada era mucho más compleja que los modelos usados». Y apuntando en dirección que trasciende claramente las intenciones y los límites del proyecto inicial, añade: «quizá el foco debería haber sido la transformación histórica de lo urbano, más bien que el despliegue conceptual de la teoría marxista, es decir, el marxismo debería haber sido reconsiderado a través de un análisis de la historia, más bien que a través de la codificación de la historia reciente de acuerdo con el esquema marxista»¹³. Parece que, en la medida en que esta corriente continúe en la línea de tal co-

¹³ Manuel CASTELLS: *City, Class and Power* (MacMillan. Londres, 1978).

dificación, se inscribe en la intención de continuidad cientifista de que hablábamos. En la medida en que, por el contrario, se dirija hacia la profundización histórica que indica Castells, estará saltando hacia nuevos planteamientos epistemológicos quizá más prometedores.

Por su parte, la actitud de repliegue hacia la arquitectura, con abandono de las visiones más amplias, cuenta con una línea de elaboración teórica especialmente influyente hoy en grandes sectores profesionales (arquitectos al rescate de su protagonismo, tras décadas de sumisión a las ciencias sociales). Dicha teorización, parece querer evitar el tener que asumir la contingencia creacional como único punto de partida y trata de justificar modelos normativos a través de una nueva cientifidad, explícitamente invocada, elaborada esta vez al margen de las ciencias sociales, en el estudio de los procesos históricos de configuración morfo-tipológica de la realidad urbana que proporciona la materia para definir regularidades, repeticiones y permanencias a través de las cuales extraer repertorios de formas de intervención derivadas del carácter nomológico de ese cuerpo de hallazgos. El enfoque permanece así en buena medida en el ámbito del método científico tradicional, derivando normas de actuación a partir de regularidades empíricas observadas y convertidas en leyes naturales de la realidad urbana. Pero conviene señalar que aunque se enfatice notablemente el carácter histórico de la investigación que las descubre, lo que se hace es una utilización cientifista de materiales históricos, en línea de continuidad con el más ortodoxo enfoque positivista. La inclusión aquí de esta alusión a este esfuerzo teorizador, parece necesaria (a pesar de eludir el ámbito de la ordenación territorial) tanto porque esa negación supone una actitud alternativa existente, como por el hecho de que, a partir de ella, se han lanzado propuestas de estructuración del territorio a través de formas de intervención arquitecturizada sobre el mismo, que han acompañado a esta teorización fundamentalmente arquitectónica e intraurbana que tendría sus antecedentes en los manuales germánicos de principios de siglo y en la obra de Sitte. Pero también aquí puede señalarse la existencia de una dualidad entre la insistencia científicadora (codificación y búsqueda de leyes y modelos) y una apertura a la aceptación de la contingencia creacional sin rubores. Al no necesitar recurrir así a la justificación científica, pero reivindicando un papel fundamental para la forma arquitectónica en la organización de los procesos de crecimiento urbano, se está enlazando con planteamientos extracientíficos.

En efecto, más allá de los diversos tipos de teorización que continúan la tradición positivista bajo formas diferentes de las ofrecidas por los modelos científicos anteriores, encontramos otras líneas de reflexión que, como ya dijimos, se orientan atrevidamente al margen de esa cientifidad tradicional y de la racionalidad técnica que de ella se ha derivado. Suponen, por ello, un corte epistemológico, que enlaza con toda la crisis general de la cientifidad, a la que también hemos aludido ya, y con la recuperación de formas de conocimiento y de acción diferentes de las proporcionadas por la ciencia tradicional, restituyéndoles todo el valor que ésta les había negado.

El panorama de estos esfuerzos es variado y complejo y se encuentra compuesto de intentos poco elaborados todavía. En muchos aspectos resulta sorprendente por el tipo de orientaciones que aparecen. De entre esas orientaciones me parece especialmente interesante una amplia corriente de reflexión que, en algunos medios intelectuales, se ha dado en llamar *humanística*, para poner de manifiesto precisamente ese carácter alternativo que las «humanidades» representaron siempre frente a la racionalidad científica. Negativamente puede definirse como una oposición contra la unidimensionalidad y el reduccionismo básicos de las abstracciones científicas en relación con la naturaleza del hombre y la sociedad, y por lo tanto, contra las estrechas constricciones metodológicas del positivismo y sus pretensiones de proporcionar conocimiento objetivo de validez universal y constante.

Este nuevo humanismo (en el que resuenan tantas reconocibles voces del pasado, desde Heráclito hasta Sartre), trata de plantearse la comprensión de los fenómenos humanos partiendo de la libertad del hombre y de su independencia de la Naturaleza y de las leyes de ésta. Ello conduce al reconocimien-

to del importante papel que en la acción humana juegan los sentimientos, preferencias, valoraciones y creencias y a la restauración de la relación inevitable entre el conocimiento y los intereses humanos, que lo condicionan y que deben ser considerados y tenidos en cuenta, en vez de suprimidos en aras de una pretendida objetividad abstracta y a favor de un determinismo que podía justificar la imposición de la racionalidad científica, sin contar con las motivaciones subyacentes.

Y así aparece la atención a la historia concreta del lugar concreto. Por eso, el primer rasgo caracterizador de esta teorización es la adopción del *modo histórico* de pensar, frente al *modo científico* de hacerlo. Las acciones humanas deben ser entendidas al interpretarlas a través de las motivaciones que están debajo de ellas y en el contexto concreto en que se producen, pero la posibilidad de establecer leyes de recurrencia que permitan dar plena explicación de las motivaciones de los hechos concretos, se contempla con escepticismo, de donde se deduce una limitada capacidad de predicción. El modo histórico de pensar proporciona armas para entender el significado de cada situación concreta y de ese modo contribuye a aumentar las posibilidades de acierto en la toma de decisiones relacionadas con ella. A partir de aquí se dibuja un posible enfoque de la planificación (quizá ya no se la deba llamar así) como actividad reflexiva sobre un proceso continuo de toma de decisiones, aceptando una situación general de indeterminación y contingencia.

Pero hay más. El modo histórico de pensar descarta la posibilidad del conocimiento puramente objetivo. La concepción del espacio, del tiempo y de la sociedad está inevitablemente coloreada por las situaciones concretas con sus intereses concretos. Por lo tanto, crece en importancia la atención a las intencionalidades de los actores humanos y a sus apetencias, suprimidas anteriormente en nombre del hombre-tipo y en beneficio de la racionalidad científica. La actuación no puede ser entendida, pues, como un ejercicio neutral y desimplicado. No hay objetividad ni neutralidad ética para la acción, que está siempre teñida de sentimientos, preferencias, valoraciones, ideologías y creencias concretas.

Siendo esto así, se deduce la necesidad de que la actuación se oriente de modo que recoja esos sentimientos y preferencias de aquellos a quienes más directamente afecta la acción. Así, un segundo rasgo caracterizador de esta línea es la intención de insertar el proceso de toma de decisiones en la propia sociedad afectada, lo cual, en el horizonte de lo deseable, apunta hacia formas de *autodeterminación* que suponen responsabilización consciente y generalizada en la elección de objetivos y direcciones de la acción. ¿Utopía idílica de inviable realización material, que jamás podrá oponerse seriamente como alternativa a la eficacia de la racionalidad técnico-científica? Tal vez los que así se manifiestan están, en el fondo, tratando de obstaculizar su viabilidad por profundas razones de adhesión a lo que ha representado la racionalidad científica. En cambio, el plantear la posibilidad de que ese horizonte deseable pueda dejar de ser utópico, es confiar en la posibilidad de desarrollo futuro real de aspectos que están presentes ya en la realidad de muchas sociedades actuales y que constituyen parte del programa más o menos explícito de muchos movimientos políticos, culturales, científicos y tecnológicos que se desarrollan en ellas. En definitiva, se trata de encauzar las actuaciones de acuerdo con orientaciones generales sobre la forma de guiar la acción humana al margen de las derivadas de la ciencia tradicional, tal como, por ejemplo, se encuentran formuladas en la teoría crítica de la sociedad elaborada por la Escuela de Frankfurt¹⁴. Ello enlaza con una nueva forma de entender las bases políticas de ordenación territorial que pasa por lo que el último John Friedmann ha llamado «la recuperación de la vida territorial», cuando

¹⁴ Especialmente en la obra del último de sus representantes, Jürgen HABERMAS, cuyo libro *Erkenntnis und Interesse* (Suhrkamp Verlag, 1968) es una revisión crítica de lo que hemos llamado modo científico de pensar, poniéndolo en comparación con otras formas de entender y tratar una realidad que no están orientadas hacia la obtención de resultados tecnológicos sino emancipatorios. (Hay traducción inglesa: *Knowledge and Human Interests*. Heinemann. Londres, 1972.)

indica la equivocación que suponía destruir las bases de las economías locales de subsistencia a cambio de la dependencia de sistemas generales de nivel nacional o supranacional, y señala la necesidad de reactivar la espontaneidad local y la fe en la capacidad de las comunidades locales para guiar su propia evolución.

¿Constituye esto una alternativa? Todavía no. Pero el que pueda llegar a serlo depende mucho de las actitudes que se adopten al respecto. Y para ello hay que superar tanto las sonrisas de superioridad de los que no quieren olvidarse de que la actividad de la ordenación territorial es mucho más ética y política que científica y técnica, como el aristocrático desdén de quienes niegan de antemano la validez del intento y proponen como único camino interesante la inserción de nuevas obras maestras de arquitectura en el cuerpo de la ciudad heredada.